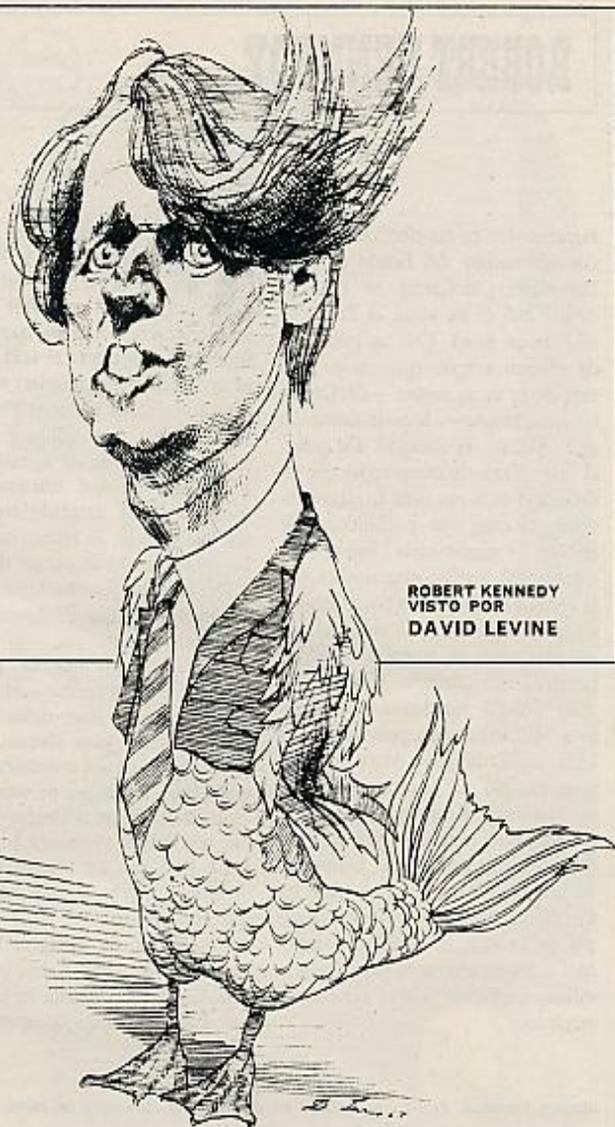




ROBERT KENNEDY

candidato oportunista



ROBERT KENNEDY
VISTO POR
DAVID LEVINE

EUGENE McCARTHY

candidato de los estudiantes

Robert Kennedy y Eugene McCarthy reunidos en una cena a fines de 1967. Todavía no estaban definidas las aspiraciones de Bob y se hablaba de que McCarthy era un globo-sonda de Kennedy para analizar la reacción del electorado.



SUS enemigos le llaman oportunista: Bobby Kennedy acaba de darles excelente ocasión para que se lo repitan. Kennedy, joven —nacimiento: 20 de noviembre de 1925—, debía esperar a 1972 para que su partido le presentase como candidato a la Presidencia. En 1972, Johnson —si aún está en la Casa Blanca— no podrá volverse a presentar porque la Constitución se lo impide —ningún Presidente puede serlo más de dos mandatos de cuatro años consecutivos—; pero nadie puede profetizar lo que habrá ocurrido de aquí a entonces. Presentarse ahora parecía arriesgado; suponía desafiar, dentro de su propio partido, a un Presidente en ejercicio, lo cual tiene escasos o ningún precedente de éxito. En estas circunstancias apareció Eugene McCarthy —senador demócrata de Minnesota—, que vio su oportunidad. Las únicas ocasiones de los pobres es aprovecharse de lo que a los ricos les parece demasiado difícil. McCarthy anunció su opción, y se convirtió en el candidato de la paz frente al apocalíptico Johnson. Robert Kennedy vaciló entre ayudarle, para demostrar su simpatía por el «caso», y pactar con Johnson, para demostrar «solidaridad con el partido». La

ROBERT KENNEDY

sorpresas vino en las elecciones llamadas «primarias» del Estado de New Hampshire: McCarthy se llevó el 42 por 100 de los votos, el Presidente Johnson el 48. Con un poco más de esfuerzo, simplemente con un poco más de fe en sí mismo —McCarthy no tenía mucha—, hubiese derrotado al Presidente en ejercicio. De golpe, el joven Kennedy comprendió que un candidato de la paz tiene en estas elecciones muchas más posibilidades de las que él mismo creía. Sobre todo, comprendió que en esta subasta por la defensa de la paz no puede permitir que otro postor puge más alto que él. McCarthy le estaba robando el papel en esta comedia. Robert Kennedy decidió, rápidamente, robárselo a McCarthy. Una periodista muy leída en Washington, Mary McGregory, escribió que la pronta y nerviosa reacción de Kennedy era «como la de un padre victoriano que ha visto a su hija enamorarse del basurero». Si la paz —la corriente de paz, las fuerzas pacifistas— representa el papel de la hija, si el pobre y tenaz McCarthy representa el papel del basurero, tendremos todo el valor de la metáfora.

AQUI se presenta una posible duda: la de saber si Kennedy quiere de verdad enfrentarse con Johnson o trata de destruir simplemente a McCarthy, que se atreve a bailar con la paz el «cake walk» de las elecciones primarias; si quiere amenazar con su poder al Presidente Johnson sólo para obligarle a concluir un «pacto de no agresión» —y quién sabe de qué colaboración—, como ya lo ha intentado cuando le ofreció, y luego le retiró, su apoyo. La política no es un cuento de niños, y menos en los Estados Unidos. Pero hay que pensar que en algunos casos, en algunos momentos —y en muchos más de los que los políticos creen—, sí es un cuento para niños, y los niños pueden tener razón. En este caso concreto, para jóvenes. Como consecuencia de los movimientos demográficos, el número de votantes jóvenes en los Estados Unidos va a ser este año mayor que nunca en la Historia. Pero aun los jóvenes que aún no tienen derecho al voto tienen una intervención creciente en la política, en la creación de «imágenes» de alcance nacional. Bob Kennedy es una imagen juvenil, apoyada en la juventud. Las acusaciones de oportunismo

o de cinismo político son frecuentes en los Estados Unidos; todos los profesionales las reciben con cierta frecuencia de sus adversarios. Pero este año la juventud no juega al cinismo o al oportunismo. En este año, la cifra de sus muertos en el Vietnam alcanza ya los 16.000; no les gusta que se juegue con eso. Cada uno de los jóvenes en los Estados Unidos está defendiendo la posibilidad de no ser él quien engrose esa cifra dentro de unos meses.

DE pronto, las imágenes han sufrido un cambio. De pronto, el senador Kennedy, del Estado de Nueva York, aparece como un hombre del «sistema», comprometido con todo lo que el sistema supone: con la politiquería, con el juego de los «listos»; McCarthy lucha desde fuera del «sistema». Ataca al «sistema». Ataca a los políticos profesionales. Sus discursos son profesoriales. A veces, con frases lapidarias («Tener que optar entre Johnson y Nixon supone elegir entre la vulgaridad y la obscenidad»); casi siempre con un tono suave, exento de latiguillos oratorios. Tiene cincuenta y dos años, el pelo gris y ningún encanto especial.

Su imagen es la del hombre inesperado. Hace un mes, los periódicos apenas hablaban de él, o lo hacían en tanto que un posible juguete de otros —una avanzadilla de Bob Kennedy para auscultar la opinión pública, un hombre impulsado por Johnson para dividir a los pacifistas—. Es indudablemente de él de quien habla George Wallace —el gobernador racista de Alabama, que hoy gobierna su estado a través de una gobernadora: su esposa, que se presentó cuando la legislación le impedía a él un nuevo mandato— cuando dice: «Esos profesores, esos pseudo intelectuales que pronuncian discursos en favor de un triunfo comunista en el Vietnam, deberían ser inmediatamente juzgados por traición». Gene McCarthy, mientras, sigue incansablemente recorriendo el país y terminando casi invariablemente sus discursos —que ha empezado con la frase «Gracias por haber venido»— con esta expresión: «Let the killing stop», «detengamos la matanza». Hace un mes estaba solo, y Johnson decía que su candidatura era «a joke», una broma: ahora tiene un grupo de 2.500 estudiantes que le escoltan en sus viajes y que le ayudan directamente en la campaña elec-

Robert Kennedy ya ha anunciado su decisión de presentarse como candidato. Ya tiene un slogan electoral: «Bob up» («¡Aúpa Bob!»). La carrera ya ha comenzado.





toral. Esta fuerza de los estudiantes puede ser decisiva en las próximas elecciones primarias, las del Estado de Wisconsin (2 de abril), donde residen unos 100.000 estudiantes. Se habla ya del «student power» que sostiene a McCarthy, en paráfrasis del «black power», o poder negro.

ESTA imagen ofrece por el momento mayor seriedad que la de Robert Kennedy, candidato tardío. McCarthy no tiene nada que arrojar en la balanza; Kennedy tiene demasiadas cosas. Tiene su magnetismo personal, tiene el apellido, la aureola del hermano asesinado. Tiene la experiencia de los altos cargos ejercidos en el gobierno de la nación —ninguno de ellos por sí solo; todos al amparo de un poder familiar— y tiene una inmensa fortuna —se le calculan doce millones de dólares, que son 840 millones de pesetas, no ganados por sí mismo, sino también de origen familiar; pero siempre va sin dinero en el bolsillo y pide a los que le rodean para pagar sus pequeñas cuentas. Generalmente se lo niegan porque con mucha frecuencia se olvida de devolverlo— y hasta ahora se considera que, sin dinero, nadie

puede ganar unas elecciones presidenciales en los Estados Unidos. Ha aprendido las tácticas electorales de su hermano —Robert Kennedy fue la figura principal en la campaña de John Kennedy— y está rodeado de un equipo intelectual de primera categoría. Solamente que todo es demasiado ostensible. Todo está muy en evidencia, y todo configura la imagen tradicional de un político clásico. En un cierto sentido, Johnson ha contribuido más que nadie a hacer odiosa la figura del político clásico. La forma en que burló a los electores en 1964, llevándoles a una política de guerra mediante una campaña de política de paz frente a Goldwater, creó una sensación de frustración y de fraude de la que ahora puede resultar perjudicado Kennedy. Si es un oportunista, ¿qué puede llegar a hacer un oportunista cuando se vea con el poder entre las manos?

AHORA bien, hay que tener muy en cuenta que todos estos movimientos son muy prematuros y no hay que confiar en ellos para profetizar lo que puede ser la elección de noviembre. Las elecciones presidenciales en los Estados

Unidos tienen una mecánica muy especial. Hay que conocerla.

La primera fase electoral es la designación en cada uno de los Estados —cincuenta— de los delegados que han de asistir a las convenciones demócrata y republicana, que han de designar, cada una de ellas, el candidato a la Presidencia. Quince de estos Estados buscan sus delegados por elección: son las «elecciones primarias». Al elegir a los delegados, se sabe ya qué aspirante a candidato van a sostener en la convención. Por eso se dice que Johnson ha tenido el 48 por ciento de los votos en New Hampshire y McCarthy el 42; porque los candidatos elegidos reflejan esas opciones. Las quince «primarias» se desarrollan desde el 12 de marzo (New Hampshire) al 11 de junio (Illinois). Pero en los otros 35 Estados no hay elecciones: los delegados de las convenciones son nombrados directamente por los comités de los partidos. Es innecesario decir la cantidad de intereses en juego, de maniobras, de promesas mutuas, que intervienen en esa designación. Naturalmente, se tienen en cuenta los resultados de las «primarias» y las posibilidades reales de los aspirantes a candidatos presidenciales. Los aspirantes a candidato ejercen toda su influencia —propagandística, psicológica y de todas clases— para obtener el apoyo de los delegados. Estos se reúnen en convenciones: la convención demócrata y la convención republicana se van a celebrar durante el mes de agosto. En un ambiente medio carnavalesco, con unos «pasillos» repletos de maniobras, cada convención elige su candidato. Muchas veces el candidato sale de la primera votación, puesto que los delegados han sido previamente dosificados; otras veces, la lucha es mayor. Es una tradición que el partido que tiene un Presidente en el poder le elija de nuevo como candidato —si Johnson es supersticioso, que todo es posible, se inquietará de que el único precedente en contra de esta regla fuese el de otro Johnson: el Presidente Andrew Johnson, rechazado en 1868, hace justamente cien años, por su partido, el republicano—. Una vez designados los candidatos, hay ya dos hombres que se combaten ferozmente en un «ring» que ocupa todo el país: el candidato republicano y el candidato demócrata. La campaña electoral se abre oficialmente en septiembre. Extraoficialmente se está realizando antes. Todos los movimientos de aspirantes son ya parte de la campaña electoral. El candidato de cada partido anuncia la candidatura conjunta con un vicepresidente: normalmente está elegido en forma de con-

trafigura, para que entre los dos sumen el mayor número posible de votos: Johnson, conservador, tiene a Humphrey, liberal; Kennedy, liberal, se presentó con Johnson, conservador. Esta candidatura de presidente-vicepresidente se llama «ticket». Las elecciones propiamente dichas van a celebrarse el 5 de noviembre. Este año el censo electoral será de aproximadamente cien millones de electores (población total, 200 millones); generalmente, las abstenciones son de un 30 por ciento; es posible que este año haya menos por el interés de las elecciones, o más si la opción resulta sin salida y sin interés: por ejemplo, entre la guerra de Johnson y la guerra de Nixon. Estos votantes no eligen directamente un Presidente, sino un compromisario, un «gran elector» por cada circunscripción, y hay 538 circunscripciones agrupadas en los Estados de la Unión. Cada uno de estos compromisarios representa uno de los dos partidos: por lo tanto, en cuanto se sabe la filiación de los compromisarios elegidos, se sabe también cuál será el Presidente que ellos deben elegir el segundo lunes de enero; esa elección es puramente formal, pero hasta que no se celebre el Presidente no lo es oficialmente. Como el número de votantes populares no es el mismo en cada circunscripción, puede llegar a ocurrir que el mayor número de votos nacionales no coincida con el de los compromisarios; es decir, que un Presidente elegido por una gran mayoría de compromisarios tenga minoría de votos populares (1960: Kennedy, 34.049.976 votos populares, pero 303 compromisarios; Nixon, 34.108.157 y 219).

La descripción de esta mecánica sirve para comprender que las tendencias actuales son de muy escasa significación. Son movimientos previos, tanteos, tomas de posición. El gran secreto está en la reunión de los comités locales de cada partido, y en sus manos está depositado el nombre de cada uno de los dos candidatos. Pero está también en la Historia. Las elecciones presidenciales de 1968 no se juegan sólo en el interior del país, sino en el mundo. Es un gaje del imperialismo. Los acontecimientos del Vietnam, el mercado del oro, la caída del dólar, son elementos, entre otros, totalmente móviles, y su influencia de aquí a las convenciones de agosto, de las convenciones de agosto a las elecciones de noviembre, pueden hacer variar en mucho las salidas de la elección.

EDUARDO HARO TECLEN
(Fotos: ARCHIVO)

Las acusaciones de oportunismo llegaron inmediatamente. La paz parece rentable.

